

mayor, daba cuatro vueltas al rededor de una gran pira de leños de pino de antemano preparada, colocando encima de ésta los despojos; al són del canto y de la música, se ponía fuego á la pira, y miéntras ardía achocaban con porras á los infelices servidores del muerto, á los cuales emborrachaban de antemano, enterrándoles con lo que conducían á la espalda del templo de Curicaberi. Al amanecer recogían las cenizas y huesecillos que habían quedado, junto con los metales derretidos; colocábanlos en una manta, formando nuevo bulto, al cual ponían una máscara de turquesa y adornos de plata y oro como el principio. Hecho un ancho sepulcro á los piés de la escalera del Cú de Curicaberi, le tapizaban con esteras finas, ponían una cama de madera sobre la cual colocaban el bulto de las cenizas encerrado en una tinaja mirando hácia Oriente, llenando el resto con ropas, alhajas, armas, utensilios y buena provision de comida y bebida. Cerraban el sepulcro con vigas, poniendo encima varas para formar techo, echándole tierra para cubrirlo.

Los asistentes se retiraban: bañábanse primero para que la enfermedad no se les pegara, yéndose en seguida al palacio; ahí recibían un poco de algodón para limpiarse el rostro, y una abundante comida; terminada, todos los comensales permanecían sentados, cabizbajos y tristes. Cinco dias duraba el duelo general, y durante este tiempo no había mercado, ni se encendía lumbre en las casas, ni se molía maíz, ni andaban las gentes por las calles: sólo los señores y los nobles iban una noche á la casa de los papas á tener oracion y vela. (1)

Al dia siguiente de sepultado el cazoncí, juntábanse los gobernadores y señores, principales, ancianos y valientes hombres, á conferenciar acerca de quién debería ocupar el trono. Aunque esto estaba ya determinado, aquel congreso procedía como si fuera libre, fijándose en el heredero legítimo: hecha la eleccion, iban á comunicarla al agraciado, quien rehusaba la honra, señalando personas más dignas que él; excusábanse los aludidos, insistían los electores, y sólo á cabo de cinco dias de importunidades se daba por vencido el electo, aceptando como á la fuerza el codiciado trono. El dia señalado iba el sacerdote principal con toda

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 55—59.—Torquemada, lib. XIII, cap. XLVI.—Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. 1, cap. IX. MS.

la nobleza á la casa en que vivía el nuevo rey; saludábale el pontífice con el nombre de *guanga* ó valiente, diciéndole: "Señor, por tí venimos para que entres en la casa de tu padre." Respondía: "Pláceme de ir, abuelo." Poníase una guirnalda de cuero de tigre en la cabeza, carcax con flechas, pulsera de cuero de cuatro dedos de ancho, manillas de cuero de venado en el pelo, pezuñas de ciervo en las piernas; formábase una procesion en que iban delante el pontífice con diez de los sacerdotes mayores, detras el rey y en seguida la nobleza y señores del reino; el pueblo agrupado abría calle para que el cortejo pasara, dando alegres voces. Llegados al patio del palacio real, los sacerdotes le saludaban con el título de *guanguapagua*, equivalente á majestad, tomando asiento en una silla colocada en el portal.

Rodeado de los guerreros y nobleza el cazoncí, levantábase el pontífice pronunciando con voz grave un discurso, en que inculcaba á los concurrentes la obligacion en que estaban de ser fieles al nuevo rey, obedientes á sus mandatos, prontos á ejecutar cuanto se les mandara, pues el rey estaba en lugar de Curicaberi. Cuando había terminado el pontífice, tomaba la palabra alguno de los grandes dignatarios, y así por su orden pasaban el dia en aquellos razonamientos. A la postre se ponía en pié el monarca, y más que agradecía amenazaba á los señores con la muerte, si faltaban á sus deberes. Terminaba aquel acto con un convite general.

En la noche iba á velar con los papas de Curicaberi; á la media noche hacían los sacerdotes la ceremonia de la guerra: al amanecer, con gran séquito de sacerdotes y dignatarios, iba por leña para ofrecer al fuego sagrado. Vuelto al palacio, sentado en la silla real, daba nuevo banquete á los señores; terminando, cada gobernador de provincia ó señor del pueblo, presentaba su regalo en señal de tributo, retirándose cada quien á su demarcacion para hacer saber á los súbditos la feliz noticia.

Pocos dias despues los papas *curitiecha* se repartían por el reino pidiendo leña para los fogones; reunida á los diez dias y amontonada en el patio del templo mayor, el cazoncí iba de nuevo á velar, y el *hiripati* hacía la ceremonia de la guerra. Al tercero dia, daba orden á los guerreros *vacuaxecha*, águilas, de salir á campaña, enviando sus mensajeros y correos por todas las pro-

vincias; él mismo se ponía en campaña dos días después, dirigiéndose á la frontera de *Quinacho*, para hacer ciento ó ciento veinte cautivos. Estos y los prisioneros hechos en las fronteras, eran sacrificados á la diosa *Cuerabapari*, á los dioses celestes de las cuatro partes del mundo, del infierno, á *Curicaberi* y señores sus hermanos, á la diosa *Xaratanga*, dioses primogénitos, y á los llamados *Nirabanecha*. Con estos actos quedaba reconocido como cazoncí. Daba premios á los guerreros que habían cautivado prisioneros, y entrándose á su casa tomaba por esposas las mujeres que habían sido de su padre, mientras le llevaban las hijas de los nobles y señores. (1)

Para salir á campaña hacíase primero la ceremonia de la guerra. Por la fiesta de *Anziñascuoro* mandaba traer el cazoncí leña para los Cues, y en la vigilia estaba toda puesta en rimeros en el patio del templo. El papa *Hiripati*, cinco sacrificadores y cinco *curitíecha*, hacían pelotillas de olores llamados *andaningua*; poníanlas sobre una raja de encina, y cuando estaban concluidas las metían en calabazas que los *tinimecha* llevaban á la espalda, colocándolas en las puertas de las casas de los sacerdotes. A la media noche tocaban sus cornetas en lo alto de los cues, observaban una estrella que ignoramos cuál sea, y encendían un gran fuego. El *Hiripati* se acercaba al fogón, tomaba de las pelotillas olorosas y decía: "Tú, dios del fuego, que apareciste en medio de las casas de los papas, quizá no tiene virtud esta leña que tenemos traído para los cues, y estos olores que tenemos aquí para darte: recíbelos tú que te nombran primeramente *Mañana* de oro, "y á tí, *Uredecuabecara*, dios del lucero, y á tí que tienes la cara "bermeja, mira que con grita trajo la gente esta leña para tí." En seguida nombraba los enemigos del reino, principiando por México, diciendo: "Tú, señor, que tienes la gente de tal pueblo "en cargo, recibe estos olores y deja alguno de los vasallos para "que tomemos en las guerras." Venían entonces los papas *cuiripecha* y con muchas ceremonias ponían de los olores en la llama, pidiendo á los dioses diesen enfermedad en los pueblos que iban á conquistar, con esta oración. "¡Oh dioses del quinto cielo! ¿Cómo no nos oireis de donde estais? Porque vosotros solos sois "reyes y señores, vosotros solos limpiáis las lágrimas de los po-

[1] Relac. de Mechoacan, pág. 60—66.

"bres." Estas mismas palabras repetía á las cuatro partes del mundo y al infierno. (1)

Dos noches se repetía la ceremonia, arrojando las balas de olores al fuego, terminadas que eran las oraciones: cuando el *Hiripati* practicaba esto en *Tzintzontzan*, repetían lo mismo los *hiripacha* en todas las provincias. Llegada la fiesta de *Anziñascuaro*, el cazoncí mandaba á los correos llamados *baaxanocha* fuesen á las provincias á pedir la gente de guerra; en cada pueblo el señor reunía el número de soldados que le tocaba; en la noche se hacía aún la ceremonia de la guerra, y se disponía á la marcha llevando los papas *tinimecha* cargados á los dioses tutelares de la población. Cada uno de aquellos contingentes iba provisto de las armas y alimentos necesarios, sin permitir en su compañía mujer de ninguna especie.

Las armas eran arcos, flechas, hondas, porras gruesas de encina, poniendo á algunas de ellas en la cabeza púas de cobre: los hombres valientes iban armados de unas varas recias, y en la punta un gancho. Las armas defensivas, consistían en rodela adornadas de plumas blancas de garza, dedicadas á *Curicaberi*, ó de plumas rojas de papagayo ó de *tzintzones*, según la categoría del guerrero. El comun de los soldados, usaba un jubón de pita de maguey; los distinguidos por valientes, jubón de algodón, y los jefes y señores lo mismo, aunque adornado de plumas ricas: pintábanse rostro y cuerpo de colorado, negro ó amarillo. Sus pendones y estandartes eran labrados de plumas finas, con mucho primor. Su música militar caracoles, bocinas, y otros instrumentos destinados á producir pavoroso ruido.

Reunidos los contingentes de todos los pueblos, distribuíanse en la forma que disponía el general en jefe: "poníase en la cabeza un gran plumaje de plumas verdes, y una rodela muy grande de plata, á las espaldas, y su careax de cuero de tigre, y "unas orejeras de oro, y unos brazaletes de oro, y su jubón de algodón encarnado, y un mástil arpado de cuero por los lomos, y "cascabeles de oro por las piernas, y un cuero de tigre en la "muñeca, de cuatro dedos de ancho, y tomaba su arco en la mano." (2) En aquel arreo, sentábase en una silla, y rodeado de

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 25—27.

(2) Relac. de Mechoacan, pág. 30.

sus capitanes y de los sacerdotes de Curicaberi y Xaratanga, dirigía un largo discurso á sus subordinados, recordándoles sus deberes de soldado, y las penas en que incurrían no cumpliéndolos. Acabado el discurso, seguían bajo el mismo tema los señores de Cuyacan, Pátzcuaro y Xacona. Dispuesto el plan de ataque, enviábanse espías á observar al enemigo, ó reconocer las poblaciones: llevaban una bolicas de los olores que habían servido para la ceremonia de la guerra, plumas de águila, y dos flechas ensangrentadas, todo lo cual ponían cautelosamente, ya en una sementera cercana, ya junto al Cu ó la casa del señor del pueblo. Era éste un hechizo, para vencer á los contrarios. De regreso al campo, daban los informes apetecidos, y pintaban con rayas en el suelo, la traza del pueblo.

Llevaban la vanguardia, los hombres valientes de Tzintzontzan, seguidos de los papas que iban cargando á Curicaberi y Xaratanga, en pos de los cuales, formados en dos hileras, se veía á los sacerdotes conductores de los dioses mayores. Los corredores ó tropas ligeras, estaban acompañados por su dios particular, llamado *Pungarancha*. Combatían en desorden, arrojando feroces gritos; más que concierto, aquello era confusión y ruido. Consistía el principal intento, en hacer prisioneros para el sacrificio, recibiendo señaladas recompensas los guerreros que se distinguían por hazañas señaladas, ó por haber tomado el mayor número de cautivos. A éstos les ataban las bocas con unos cueros, á manera de jácima de las bestias, para impedirles dar voces. Daban batallas en campo abierto, usando de comun de celadas, á las que eran atraídos los contrarios por las tropas ligeras. Si una plaza se defendía, caso de ser tomada era saqueada, reducida á cenizas, los habitantes pasados á cuchillo: los pueblos que se entregaban sin resistencia, eran recibidos como hermanos.

Los prisioneros, tapada la boca con los cueros, amarrado al pescuezo un manojo de cañas recias y largas, eran conducidos á Tzintzontzan. En la puerta de la ciudad, había dos altares, en que los papas colocaban á los dioses; los sacerdotes *curitiecha* y *opitiecha*, con una calabaza á la espalda, y una lanza al hombro, salían al encuentro de los cautivos, dábanles la bienvenida, y cantando, los llevaban á la presencia del cazoncá, dándoles en seguida de comer. Metíanlos despues en la cárcel nombrada *Curucequero*, donde los atendían y engordaban, hasta lle-

gar la fiesta en que habían de ser sacrificados. Hemos visto que á las mujeres, niños, viejos y viejas, mataban para comerse las carnes. (1)

Si algun señor moría en la guerra, poníase triste el cazoncá, y decía: "por este mataron los dioses de los nuestros, por probarnos como mantenimientos." Las viudas de los muertos en la guerra, mesábanse los cabellos, dando grandes gritos; despues formaban unos bultos de mantas, con sus cabezas, cubriéndolos con otras mantas, cual si hubieran fallecido de muerte natural; llevábanlos en seguida al templo, colocándolos junto á los fogones, poniéndoles su arco y flecha, plumajes colorados, guirnaldas de cuero, con muchas ofrendas de pan y vino: al sonido de las cornetas y caracoles, quemaba cada familia el bulto que le correspondía, recogiendo las cenizas, que guardaba en una olla, que era enterrada con el arco y las flechas. La viuda se retiraba á su casa á proseguir el duelo, sus parientes le decían: "está y vive en esta casa algunos dias, y está viuda algunos dias, mirando como va tu marido camino, y no te cases." (2)

Leyes y penas, eran inmoderadas por crueles. Si algun principal tomaba alguna de las mujeres del cazoncá, moría por ello, así como sus mujeres, hijos, parientes y cuantos en su casa estaban, confiscándole además sus bienes y sementeras. A los nobles, por delitos no muy graves poníanlos en la cárcel; por de mayor entidad, los degradaban y desterraban, y á su mujer dejábanla desnuda, quitándole las enaguas. Al hechicero rompían la boca con navajas, arrastrábanlo vivo, y lo mataban cubriéndolo de piedras. Si hermano ó hijo del cazoncá no vivía con decoro, era condenado á muerte, así como las amas que le criaron, ayos que le cuidaron y criados que le servían, confiscando toda su hacienda. Al forzador de mujer, rompían la boca hasta las orejas, y despues lo empalaban. El primer hurto, se perdonaba, prévia una gran reprensión; al segundo, el ladrón era despeñado, dejando que su cuerpo fuera comido por las aves del cielo. El homicida no tenía pena señalada, porque el crimen se cometía rarísima vez.

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 28—36.—Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.—Beaumont crón. de Michoacan, lib. 1, cap. VIII. MS.

(2) Relac. de Mechoacan, pág. 37.

Los gobernadores y señores de los pueblos conocían de los delitos, mandaban prender al delincuente, hacían las informaciones necesarias de viva voz; averiguado el hecho, remitía el reo al sacerdote mayor quien le presentaba al cazoncí para que pronunciara la sentencia. A veces por orden del cazoncí iba un mensajero llamado *vaxanoti*, prendía á la persona que le designaba, le quitaba las insignias y daba la muerte con una porra: en ocasiones esta justicia se encargaba á los sacerdotes. Los ministros principales de aquella magistratura llevaban en la mano una vara negra como de ébano, gorda y con plumas de colores en el extremo superior, con unas pedrezuelas que sonaban como cascabeles; cuando pasaban, los hombres salían de sus casas para acompañarlos. (1)

Cuando moría algun señor de un pueblo, sus hermanos y parientes venían á ver al cazoncí trayendo el bezote de oro, los brazaletes, collares y orejeras de turquesas, insignias del señorío: presentados ante el rey, dábanle noticia del fallecimiento, pidiéndole nombrara á quien debía suceder. Escogía al que parecía más discreto, *el que tiene más tristezas consigo*, segun su manera de expresarse; dábale nuevas insignias, regalos para el agraciado y su mujer, y en compañía de uno de los papas *curitiecha* le volvía á su pueblo. Llegados á éste, ayuntada toda la gente, el *curitiecha* daba á entender cómo aquella persona había sido nombrada por el cazoncí, la obligacion que tenía de regir en justicia, y cómo todos debían obedecerlo y respetarlo. El señor, los ancianos, la gente menuda, tomaban la palabra sucesivamente, recordando los recíprocos deberes, terminando las arengas con un convite: así quedaba el agraciado metido en el señorío. Cuatro días y cuatro noches asistía al templo haciendo oracion con los papas; despues, seguido de sus vasallos, iba á traer leña para los fogones, y despedía al *curitiecha*, colmándolo de regalos. Aquel papa retornaba á Tzintzontzan, dando cuenta de lo ejecutado al sacerdote mayor, quien lo comunicaba al cazoncí: "Sea ansi, decía este, pruebe á ver, si no le hiciere bien, quitalle hemos del oficio, y probará otro en su lugar á ver como lo hace." (2)

(1) Relac. de Mechoacan, pág. 38-39.—Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.—Beaumont, Crón. de Michoacan, lib. 1, cap. VIII. MS.

(2) Relacion de Mechoacan, pág. 40-44.

En aquel reino era costumbre la poligamia. El soberano pasaba la vida en un voluptuoso serrallo. Los nobles tenían á veinte mujeres y aún más, y daban una en premio á los capitanes que en la guerra se distinguían, cosa que ellos tenían á grande honra. (1) Verificábase el matrimonio sin el consentimiento de las mujeres. Si el cazoncí quería casar alguna de sus hijas, la hacía ataviar lujosamente, le daba una comitiva de mujeres que llevaban en cestillas y petacas las ropas y alhajas de la novia, y llamando á los papas *curitiecha*, encargaba principalmente á uno llevara aquella mujer á la casa de su marido. Prevenido éste, adornada la casa, reunidos todos los parientes, al llegar el sacerdote tomaban todos asiento, dejando enmedio á los desposados. Tomando la palabra el *curitiecha* decía: "Hé aquí esta señora que envía el rey, yo os la traigo, no riñais, sed buenos casados, bañaos el uno al otro," y seguía inculcándoles sus derechos conyugales. Contestaba el marido aceptando, dando las gracias por el favor, prometiendo obediencia y ayuda al rey; terminaba el consorcio con un convite. Bastaba que el cazoncí lo determinara, para que un noble tomara por esposa la mujer que se le señalaba. (2)

Los nobles se casaban con sus parientas, no tomando jamas mujeres que no fueran de su linaje. En estos enlaces precedía pedir á la hija de un señor, y una vez otorgada, era enviada á la casa de su futuro esposo, con cierto acompañamiento de hembras llevando las ropas y alhajas; intervenían los sacerdotes para hacer las amonestaciones usuales, terminando la ceremonia por el convite de costumbre. Los plebeyos concertaban sus matrimonios por medio de sus parientes, sin que en ello intervinieran los papas. Los que se unían por amores se concertaban entre sí, sin dar aviso á sus padres. A veces desde chiquita estaba la mujer prometida á determinada persona: en este caso, el hombre tomaba por esposa á la suegra, y cuando la hija crecía entraba en posesion de ella. Casábanse tambien con sus cuñadas, habiendo muerto sus maridos. Despues de terminado el matrimonio y estando la mujer en la casa, ántes de consumir el vínculo, el hombre iba cuatro días por leña para los fogones, mién-

(1) Herrera, déc. III, lib. III, cap. X.

[2] Relac. de Mechoacan, pág. 45-47.